

CARTA PASTORAL

A LOS SACERDOTES, MIEMBROS DE LA VIDA CONSAGRADA
Y FIELES LAICOS DE LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO

LOS SUEÑOS SE CONSTRUYEN JUNTOS

LA IMPORTANCIA DE LA VOCACIÓN LAICAL
EN EL MOMENTO PRESENTE



✠ FRANCISCO CERRO CHAVES

Arzobispo de Toledo, Primado de España



CARTA PASTORAL
A LOS SACERDOTES, MIEMBROS DE LA VIDA
CONSAGRADA Y FIELES LAICOS
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO

LOS SUEÑOS
SE CONSTRUYEN JUNTOS

La importancia de la vocación laical
en el momento presente

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Edita: Arzobispado de Toledo.

Imagen de portada: Mateo Gilarte, «La Cena de Emaús», siglo XVII.

Óleo sobre lienzo de la parroquia de los Santos Justo y Pastor, de Toledo, depositado en el Museo de Santa Cruz.

Dep. legal: TO 243-2021.

Toledo, 2021.

ÍNDICE

1. Introducción: algo más que un título.....	5
2. Una propuesta pastoral presinodal.....	8
2.1. Premisas.....	8
2.2. Nuestra propuesta: profundizar en los tres caminos vocacionales hacia la llamada común a la santidad.....	10
3. La importancia de la vocación laical y la presencia del laicado en una Iglesia sinodal.....	13
3.1. Laicos por vocación.....	15
3.2. Laicos en comunión.....	17
3.3. Laicos en misión.....	21
4. Un proyecto pastoral iluminado por la Paabra.....	27
4.1. El anuncio que Jesús hace de sí mismo explicando las Escrituras.....	28
5. Conclusión.....	40
Oración final.....	43

1. INTRODUCCIÓN: ALGO MÁS QUE UN TÍTULO

1. Todos soñamos. Y lo hacemos en un doble sentido: como expresión de una función primordial de nuestro cerebro cuando dormimos, que nos ayuda a seleccionar recuerdos; y, de forma consciente, como anhelo persistente de algo que deseamos conseguir. La acción de soñar es, por definición, individual. Pero solemos compartir nuestros sueños, ya sea al despertarnos, comentando aquello que recordamos haber soñado con quienes nos acompañan en nuestro día a día, ya sea al hacer partícipes a otros de nuestras añoranzas.

Mi sueño para la Archidiócesis de Toledo, que deseo compartir con cada uno de vosotros, **es poder celebrar un sínodo que nos ayude a todos los miembros de la comunidad diocesana a fortalecer nuestra fe en Cristo, a reforzar nuestro ser Iglesia y a manifestarnos como un único Pueblo de Dios para salir al encuentro de los hermanos que no le conocen.** Es un sueño que he ido madurando desde que tomé posesión como Arzobispo de Toledo el pasado 29 de febrero de 2020. Un sueño que comienza a concretarse con la propuesta pastoral presinodal 2021-2024 que quiero presentaros en esta Carta Pastoral. Un sueño que hemos de hacer realidad todos y cada uno de nosotros, miembros de la Iglesia que peregrina en la Archidiócesis de Toledo, desde la complementariedad de nuestras propias vocaciones –laical, consagrada y sacerdotal–. Un sueño que podemos y debemos construir juntos.

2. Un sínodo diocesano es, de conformidad con el Código de Derecho Canónico, un *«una asamblea de sacerdotes y de otros fieles escogidos de una Iglesia particular, que prestan su ayuda al Obispo de la diócesis para bien de toda la comunidad diocesana»*. Su

convocatoria corresponde al Obispo cuando las circunstancias así lo aconsejen y su finalidad es prestar ayuda al Pastor para bien de toda la comunidad, aconsejando sobre los distintos aspectos de la vida de la Iglesia diocesana. Se trata de una oportunidad única para que todos nos sintamos protagonistas de la milenaria historia de la Archidiócesis de Toledo en el momento presente para construir su destino futuro.

3. Desde que llegué a la Archidiócesis de Toledo, una de mis prioridades ha sido **escuchar**. Gobernar exige adoptar decisiones, pero para mí la mejor forma de hacerlo es escuchando antes. Es por ello por lo que he querido iniciar una visita pastoral a toda la Diócesis, tal y como he explicado en mi Carta Pastoral «La parroquia, manantial de vida para la comunidad cristiana», con el objetivo de escucharos, alentaros, compartir con vosotros vuestros anhelos y necesidades. Creo que es un primer paso importante para seguir conociéndonos y creciendo juntos; también a fin de crear ambiente presinodal, tan necesario para poder celebrar con éxito un sínodo diocesano.
4. Deseo hacerlo no sólo porque es la forma en la que entiendo mi ministerio episcopal, sino también porque, como he señalado en distintas ocasiones, estamos viviendo un cambio de época que exige que nos replanteemos algunas cuestiones fundamentales de nuestra organización, de nuestra pastoral, de nuestra misión como Iglesia diocesana en el contexto de las prioridades marcadas a nivel nacional y universal. El último sínodo celebrado en la Archidiócesis lo impulsó nuestro querido y admirado don Marcelo en 1986. Han pasado 35 años. Este intervalo de tiempo, en el contexto del mundo actual, donde todo se ha acelerado, hace que resulte necesario discernir, escuchar y dialogar sobre qué nos pide el Señor en el momento presente a quienes formamos parte de la comunidad diocesana.
En este sentido, mis primeros pasos entre vosotros han coincidido con dos acontecimientos eclesiales muy significativos

que están marcando ya el futuro inmediato de nuestra Iglesia: el Congreso de Laicos y el Sínodo de Obispos sobre la sinodalidad. Ambos han sido concebidos no como eventos, sino como auténticos procesos que implican a todo el Pueblo de Dios: obispos, sacerdotes, religiosos, laicos. Todos hemos de sentirnos protagonistas, porque lo somos

El Congreso de Laicos comenzó como una fecha marcada en el calendario para reflexionar sobre el laicado y ha culminado como un proceso de todo el Pueblo de Dios. Hemos descubierto que nos necesitamos entre nosotros y que el mundo necesita del mensaje de esperanza que podemos transmitirles como Iglesia. La fase que se ha abierto al finalizar el mismo, en la que se promueven cuatro itinerarios como referencia de nuestras dinámicas pastorales – primer anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia en la vida pública– y dos claves horizontales para guiar los trabajos –sinodalidad y discernimiento– ha de llegar a todos los rincones de nuestra Archidiócesis, porque nos jugamos mucho en ello.

Al mismo tiempo, **el Sínodo de los Obispos convocado por el Santo Padre en torno a la sinodalidad** nos permitirá profundizar en ese proceso vivido con motivo del Congreso de Laicos. No en vano, como señala el Papa Francisco, «[el] camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio. Lo que el Señor nos pide, en cierto sentido, ya está todo contenido en la palabra ‘Sínodo’. Caminar juntos –laicos, pastores, Obispo de Roma–» (*Discurso en la Conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 17 de octubre de 2015).

5. ¿No es todo esto providencial? Yo creo que lo es. Me emociona pensarlo así y me ilusiona saber que el objetivo que soñamos con el Papa Francisco de ser Iglesia en salida vamos a construirlo juntos para nuestra Archidiócesis de Toledo.

Ambos acontecimientos nos ayudan y, al mismo tiempo, nos impulsan, a comenzar a dar los primeros pasos hacia nuestro sínodo diocesano.

2. UNA PROPUESTA PASTORAL PRESINODAL

2.1. Premisas

6. El pasado curso concluíamos el Plan Pastoral 2012-2021 impulsado por mi querido predecesor, don Braulio. Un plan pastoral muy bien preparado y ejecutado, modélico en relación con no pocos aspectos, que nos ha ayudado a profundizar, desde la clave de la familia, en diferentes aspectos fundamentales de nuestra vida de fe y de nuestra misión como Iglesia. Los planes pastorales son importantes, porque ayudan a crear comunión.

Como expresé en mi Carta Pastoral «Sal y Luz», *«resulta evidente que un plan pastoral, un proyecto en común diocesano, no es por sí solo ni la solución ni la panacea para solventar todos los problemas que tenemos a la hora de la evangelización en nuestra tierra (...). Sin embargo, no menos cierto es que un plan pastoral aporta organización y genera comunión, si sus objetivos e iniciativas se fijan en clave sinodal y a la luz del Espíritu. Contar con un instrumento de referencia que canalice las diferentes iniciativas diocesanas y parroquiales hacia fines comunes, unidos al Pastor y compartiendo ilusiones y desvelos, transforma la acción pastoral en nexo de unión y la hace más eficaz. La programación no puede sustituir la espontaneidad del soplo del Espíritu, pero el Espíritu también sopla a través de la programación pastoral conjunta»*. Por eso, de la mano de mis más inmediatos colaboradores y tras someterlo a consideración de la Curia Diocesana y del Colegio de Arciprestes, he querido impulsar la Propuesta Pastoral Presinodal 2021-2024 bajo el título «La alegría de caminar juntos».

7. En la homilía que pronuncié en la Eucaristía de toma de posesión como Arzobispo de Toledo, mis primeras palabras fueron las siguientes: «Son muchos los que me preguntan cuáles serán mis retos pastorales, mis planes, mis proyectos, los sueños de mi corazón de pastor. Se llama anunciar y vivir a Jesús que me lanza a evangelizar

a los pobres». Esa es la clave: vivir a Cristo y anunciarlo a los demás. Es la esencia de nuestra misión como Iglesia. Y estoy convencido de que la propuesta pastoral que impulsamos nos ayudará a ello eficazmente.

Parte de una premisa básica: se trata, como su propio nombre indica, de una propuesta, es decir, **un camino** que se ofrece a toda la comunidad diocesana –parroquias, asociaciones y movimientos, comunidades eclesiales– **en el que, en ejercicio de su libertad y respetando sus propias iniciativas pastorales, podemos confluir todos, generando comunión**. Estas líneas pastorales diocesanas ni agotan ni desplazan los proyectos pastorales que tiene cada comunidad particular integrada en la Archidiócesis. Pero hace posible que todos tengamos un objetivo común, compartamos iniciativas, nos encontremos y caminemos juntos. Por eso es importante. E imprescindible.

8. Como se indica en el documento elaborado que contiene el planteamiento (y que quiero traer a esta Carta Pastoral para darlo a conocer a todos), todo plan pastoral ha de partir del contexto en el que se pretende implantar. A nivel sociológico, estamos en un momento nuevo, por todo lo vivido a causa de la pandemia (con sus esperanzas y sus sombras); a nivel eclesial, hemos completado el proceso de renovación de la curia y me dispongo a iniciar una visita pastoral. Al mismo tiempo, he anunciado mi deseo de celebrar un sínodo diocesano que marcará el destino de nuestra Archidiócesis en los próximos años.
9. La propuesta pastoral que planteamos parte de esta doble premisa –conceptual y contextual–, buscando ser instrumento de comunión desde la profundización en una serie de líneas pastorales, inspiradas en la realidad del tiempo presente, que toman como referencia las principales prioridades suscitadas por el Espíritu en la Iglesia universal, española y toledana.

De este modo, en el periodo 2021-2024 –esto es, los tres

próximos cursos pastorales— son **tres** los **subrayados fundamentales** que hemos de tener en cuenta:

—En primer lugar, el Sínodo de los Obispos, en el que se nos propone reflexionar sobre la sinodalidad, entendida como modo de ser Iglesia.

—En segundo lugar, el nuevo momento que se inicia en la Iglesia que peregrina en España en el contexto del poscongreso de laicos, que se ha transformado en un proceso de todo el Pueblo de Dios.

—En tercer lugar, la visita pastoral que comienza, con la que quiero encontrarme con mi pueblo, dialogar con él, alentarle y animarlo.

Todo ello —sin olvidar algunos de los hitos que están marcando el camino actual, como el Año Santo Guadalupense o el Año de la Familia— **con la mirada puesta en el sínodo diocesano que iniciaremos en 2024.**

Esta Asamblea, presidida por el Arzobispo y formada por todo el pueblo de Dios que peregrina en la Archidiócesis de Toledo, nos permitirá discernir sobre los nuevos retos que tenemos planteados como Iglesia diocesana en el momento presente y ofrecer propuestas de acción, inspiradas por el Espíritu.

2.2. Nuestra propuesta: profundizar en los tres caminos vocacionales hacia la llamada común a la santidad

10. Sobre la base de estas consideraciones, con la propuesta pastoral 2021-2024 se busca integrar a la comunidad diocesana en esta dinámica pastoral planteada desde los tres niveles mencionados con una finalidad última: renovarnos interiormente para potenciar nuestra acción evangelizadora.

La llamada a la santidad de todo bautizado se concreta en tres caminos vocacionales distintos, cada uno de los cuales tiene sus propios rasgos característicos. Vocación laical, vocación a la vida consagrada y vocación al sacerdocio son tres formas, únicas en sí mismas y complementarias en su conjunto, de vivir esa

llamada universal a la santidad. Ser plenamente conscientes de la propia misión y de su encaje en el plan de salvación de Dios para la humanidad es imprescindible para poder cumplirla.

Por esta razón, proponemos centrar la atención en cada una de ellas en los próximos tres cursos pastorales, convencidos de que ello nos ayudará a todos –sacerdotes, consagrados y laicos– a **descubrir la grandeza de nuestra propia vocación y a comprender la esencia de las demás vocaciones**. De este modo:

–el Curso Pastoral 2021-2022 se centrará en la **vocación laical** como auténtica vocación a la que Dios llama a los fieles laicos, impulsando en nuestra Archidiócesis las propuestas planteadas desde el Congreso de Laicos, en el marco del nuevo horizonte que se abre en nuestra Iglesia a nivel nacional.

–el Curso Pastoral 2022-2023 profundizará en las distintas manifestaciones de la **vocación a la vida consagrada** y en el significado de la búsqueda de la vivencia plena de su triple voto de pobreza, obediencia y castidad y su plena consagración a Dios.

–el Curso Pastoral 2023-2024 se dedicará a la **vocación sacerdotal** como llamada específica a ser otro Cristo y a administrar los sacramentos, predicar la Palabra y ser intermediarios entre Dios y los fieles.

11. Cada curso pastoral, como plasmación concreta de la máxima de la renovación en continuidad, tendrá **tres ejes fundamentales**: la Jornada de Inicio de Curso, las Jornadas de Pastoral y la Jornada de Fin de Curso. En línea con la práctica consolidada en años anteriores, cada uno de ellos será momento de encuentro de la comunidad diocesana para conocer y profundizar en las líneas pastorales propuestas y, sobre todo, para formarnos, seguir creciendo en comunión y animarnos para la acción evangelizadora, fin último de toda propuesta pastoral.

Ayudará a ello el trabajo de unos **temas conjuntos** por parte de los distintos grupos parroquiales, asociaciones y movimientos con los subrayados principales del curso y las diferentes iniciativas

propuestas por las Delegaciones y Secretariados, que no restan ni resultan incompatibles con las dinámicas parroquiales y arciprestales.

A nivel organizativo, se ha creado un **órgano colegiado presidido por el Arzobispo** con la encomienda de coordinar los trabajos pastorales. Forman parte del mismo los tres vicarios personales (vicario para los laicos, familia y vida, vicario para la vida consagrada y vicario para el clero) y varios laicos y miembros de la vida consagrada en representación de todo el Pueblo de Dios que peregrina en nuestra Archidiócesis.

Esta dinámica –que constituye en sí misma un Ver presinodal, es decir, un análisis preliminar de la realidad de nuestras comunidades eclesiales para ir despertando en ellas el deseo de ponernos en marcha–, permitirá avanzar paulatinamente hacia el sínodo diocesano, que comenzará a dar sus primeros pasos en el curso 2024-2025 tras los trámites preceptivos que marca el Derecho Canónico.

12. Efectivamente, conocer al Pastor y conocernos entre nosotros en cuanto al significado y alcance de nuestras respectivas vocaciones; poner en práctica la sinodalidad desde la reflexión compartida; interiorizar en nuestra comunidad diocesana y en nuestras comunidades parroquiales las enseñanzas del Congreso de Laicos para ser Iglesia en salida es el itinerario que nos conducirá a ese nuevo camino, ilusionante y esperanzador, que es el sínodo diocesano que abriremos una vez finalizado este proceso previo. **Tres subrayados, tres líneas de acción, tres ejes fundamentales para los próximos tres cursos pastorales.** Esa es nuestra propuesta, sencilla pero con fundamento, a través de la cual se busca seguir impulsando una pastoral con corazón.

3. LA IMPORTANCIA DE LA VOCACIÓN LAICAL Y LA PRESENCIA DEL LAICADO EN UNA IGLESIA SINODAL

13. En esta propuesta –como ocurre también, en general, en el cumplimiento de la misión de la Iglesia–, **los laicos tenéis una tarea fundamental, única e insustituible**. Estáis llamados, por vuestra propia vocación, a hacer presente a la Iglesia en medio del mundo y a transformar la realidad para hacer de ella el espacio querido por Dios. No sois ni cristianos de segunda ni ciudadanos de segunda. Sois seglares, llamados al apostolado en el mundo, con un papel propio y enteramente necesario en la Iglesia, como señala el Concilio Vaticano II. Precisamente por ello, y en línea con el planteamiento que se hace desde la Conferencia Episcopal Española en el contexto del postcongreso de laicos, resulta más que oportuno dedicar el primer año a profundizar en la vocación laical.

Efectivamente, la Conferencia Episcopal acaba de aprobar sus orientaciones pastorales y líneas de acción para el periodo 2021-2025. Recomendando vivamente, en particular, la lectura y reflexión del marco sociológico que en ellas ofrecemos los Obispos, porque permite contextualizar y comprender la misión a la que estamos llamados.

14. Como he compartido recientemente con vosotros en uno de mis escritos dominicales, el ejercicio de mi vida sacerdotal ha estado marcado por tres Papas: san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Papa Francisco. Del primero de ellos me siguen impresionando –y guiando– sus palabras en el balcón de la Plaza de San Pedro nada más ser proclamado Papa: «No tengáis miedo; abrid de par en par las puertas a Cristo». El combatió con todas sus fuerzas los dos totalitarismos que han marcado el siglo XX, el nazismo y el comunismo, incluso cuando parecía no haber esperanza. Nos demostró que **la fe mueve montañas**. Benedicto XVI nos ayudó a descubrir que la clave de todo radica en el encuentro personal con Dios y en vivir la santidad personal como camino para superar

las crisis: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». También que Occidente no puede entenderse sin el cristianismo. Nos ha mostrado que **creer es razonable**. El Papa Francisco nos ha animado a crecer por dentro para servir por fuera y a evangelizar, siempre, con alegría: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría». Testimonia con su ejemplo que **ser cristiano es ser alegre**.

Los tres Papas han escrito páginas memorables sobre los fieles laicos. No puedo sino animar a releer, en particular, *Christifideles Laici*, *Deus Caritas Est* y *Evangelii Gaudium*. Me gustaría en este momento simplemente recordar tres frases que nos ayudan a contextualizar el curso pastoral que comenzamos, centrado en la vocación laical. Os invito a leerlas despacio, pensando en vuestra propia vida.

«No es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios» (*Christifideles Laici*, 10). En este sentido, no podemos olvidar que «El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública» (*Deus Caritas Est*, 29). Pero hemos de ser realistas, porque queda mucho por hacer. «Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical

que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes. En algunos casos porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes, en otros por no encontrar espacio en sus Iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones. Si bien se percibe una mayor participación de muchos en los ministerios laicales, este compromiso no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad. La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante» (*Evangelii Gaudium*, 102).

En estas tres afirmaciones de nuestros tres últimos Papas se encuentra la esencia de lo que significa la vocación laical y de los retos que implica. ¿Nos hemos preguntado alguna vez por qué nos cuesta tanto mostrarnos como creyentes, hablar de nuestra fe en público, compartir con quienes están a nuestro lado lo que vivimos al caminar junto al Señor? ¿Qué nos falta para ser auténticos evangelizadores, esto es, anunciadores, de palabra y de obra, de la existencia de un Dios que nos ama y nos cuida? ¿Cuál es la razón de que nuestras comunidades, en no pocas ocasiones, se muestren tan cerradas a quienes se acercan a ellas desde fuera? ¿Por qué motivo no estamos presentes en la vida pública y somos tan poco relevantes socialmente? Son solo **algunas preguntas** que conviene que nos formulemos para identificar esos retos. La respuesta es clara, pero hemos de descubrirla y vivirla cada uno de nosotros: no creemos en una idea, porque Dios no es una idea; creemos en el Señor, porque nos hemos encontrado con Él. De ahí nace todo.

3.1. Laicos por vocación

15. Nunca está de más recordar el número 31 de *Lumen Gentium*, que sigue resonando con fuerza a día de hoy: «A los laicos corresponde,

por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor».

En el acto inaugural del Congreso de Laicos celebrado en Madrid en febrero de 2020, al que tuve ocasión de asistir, hubo una frase, pronunciada precisamente por un laico, que resonó particularmente y caló en los corazones de los presentes: «No somos seglares por defecto, porque Dios no nos haya llamado a ser sacerdotes ni religiosos o religiosas; somos seglares por propia vocación, porque Dios nos quiere así, en coherencia con la llamada transmitida el día de nuestro bautismo. Dios nos quiere laicos y laicas presentes en medio del mundo». Así es: **sois laicos, no por defecto, sino por vocación.**

Efectivamente, la vocación laical no puede ser considerada una vocación residual. Es una de las tres formas de vivir la llamada común a la santidad, junto al sacerdocio y la vida consagrada. Es igual en dignidad y en valía, si bien distinta en sus rasgos característicos y sus elementos definitorios. Y así hemos de presentarlo y proponerlo. Los pastores tenemos una responsabilidad fundamental en este sentido. No sólo hemos de ayudar a que las personas cuyo cuidado se nos encomienda vivan más intensamente su relación con Dios y, cuando sea el caso, descubran su llamada al sacerdocio o a la vida consagrada. Allí donde no se percibe esa llamada específica, es nuestra responsabilidad ayudarles a descubrir y vivir plenamente la

vocación laical en coherencia con el bautismo recibido. Acompañar a los laicos en el descubrimiento de su vocación y en el cumplimiento de su misión en medio del mundo ha de ser una tarea a la que los sacerdotes dediquemos nuestros mejores esfuerzos.

16. Lejos queda ya la visión de la Iglesia en la que los laicos eran meros colaboradores de los sacerdotes. En coherencia con vuestra vocación, tenéis una responsabilidad plena en la Iglesia y en el mundo. La Iglesia os necesita, porque sois parte fundamental de ella. El mundo os necesita, porque estáis llamados a llevarle la buena noticia. Tal y como se indica en el núm. 900 del Catecismo de la Iglesia Católica —siempre conviene volver al Catecismo—, «los laicos están encargados por Dios del apostolado en virtud del Bautismo y de la Confirmación y por eso tienen la obligación y gozan del derecho, individualmente o agrupados en asociaciones, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres y en toda la tierra; esta obligación es tanto más apremiante cuando sólo por medio de ellos los demás hombres pueden oír el Evangelio y conocer a Cristo. En las comunidades eclesiales, su acción es tan necesaria que, sin ella, el apostolado de los pastores no puede obtener en la mayoría de las veces su plena eficacia». Se puede decir más alto, pero no más claro. Ahora bien, ¿lo estamos viviendo y poniendo en práctica?

3.2. Laicos en comunión

17. **Hablar de la vocación laical exige hablar de comunión.** No podéis vivir vuestra vocación sin un fuerte arraigo con la Iglesia, nuestra madre. Habéis nacido a la fe seglares por el bautismo administrado en el seno de la Iglesia. Y la vivencia en plenitud de la fe requiere formar parte de una comunidad eclesial.
18. El lugar primordial a tales efectos es la Parroquia, comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura

pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio. Así la define el Derecho Canónico. En este sentido, la Parroquia es «presencia eclesial en el territorio» (Papa Francisco), «fuente de la aldea» (San Juan XXIII), «espacio para el ejercicio efectivo de la vida cristiana» (San Juan Pablo II). En mi Carta Pastoral sobre la Parroquia he hablado de la importancia de la comunidad parroquial como comunidad profética que predica y vive la palabra; como comunidad sacramental que celebra los sacramentos y la Liturgia; como comunidad sinodal en torno a la figura del párroco. Me gustaría ahora insistir en la idea de que «en la actualidad, la parroquia como familia de familias supera el esquema de la Iglesia piramidal en cuya cúspide se encuentra el párroco, luego los sacerdotes, más abajo las religiosas y por último los laicos. Hoy por hoy, esta mentalidad es un error y un camino que nos lleva a la esterilidad pastoral» (núm. 58). **La Parroquia somos todos; la Parroquia es cosa de todos.** No es un lema más o menos bonito. Es una realidad: la comunidad parroquial está conformada por todos los miembros bautizados que participan de su vida, congregados en torno al pastor. Por eso, su cuidado, impulso, apertura a quienes se aproximan a ella, en definitiva, su destino y el cumplimiento de su misión es responsabilidad de todos.

19. Quiero destacar, al mismo tiempo, **la importancia del apostolado asociado**. En palabras del Decreto conciliar *Apostolicam Actuositatem*, «el apostolado asociado de los fieles responde muy bien a las exigencias humanas y cristianas, siendo el mismo tiempo expresión de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo, que dijo: «Pues donde estén dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt., 18,20)». Como seres humanos somos seres sociales; asociarnos como cristianos, integrándonos en movimientos y asociaciones laicales, en cofradías y hermandades, en otras asociaciones de fieles, nos ayuda a vivir más plenamente la fe, y es manifestación del ser comunitario de la Iglesia. La unión hace la fuerza.

No puedo no destacar en este sentido la importancia de la Acción Católica General, que ha sido muy importante en mi vida. Valoro muchísimo esta asociación, que es la forma ordinaria que tienen los seglares de organizarse. Me gustaría, por ello, que, al igual que Cáritas, que es la Iglesia haciendo caridad, la Acción Católica General estuviera presente en todas las parroquias de la Archidiócesis, porque constituye expresión de lo que quiere ser verdaderamente el apostolado seglar en la Iglesia. Sus cuatro notas, recogidas en *Apostolicam Actuositatem*, no son una rémora del pasado, sino una forma eficaz de vivir la vocación laical en el seno de la Iglesia e incorporados en el mundo. Parafraseando sus palabras, urge que cada vez sean más los laicos que hagan propio el fin apostólico de la Iglesia, es decir, la evangelización y santificación de los hombres y la formación cristiana de sus conciencias, de suerte que puedan saturar del espíritu del Evangelio las diversas comunidades y los diversos ambientes; que cooperen según su condición, con la jerarquía, ofreciendo su experiencia y asumiendo la responsabilidad en la dirección de estas organizaciones, en el examen diligente de las condiciones en que ha de ejercerse la acción pastoral de la Iglesia y en la elaboración y desarrollo del método de acción; que trabajen unidos, a la manera de un cuerpo orgánico, de forma que se manifieste mejor la comunidad de la Iglesia y resulte más eficaz el apostolado; que se ofrezcan espontáneamente o acepten la invitación a la acción y directa cooperación con el apostolado jerárquico, para trabajar bajo la dirección superior de la misma jerarquía. Resulta evidente que no todos los fieles laicos se sentirán llamados a integrarse en la Acción Católica, pero no menos cierto es que estas cuatro notas definen a la perfección el ideal de la acción organizada de los fieles laicos en comunidad. Así han de ser presentadas para que puedan ser vividas por cada vez más seglares.

20. Parroquia, asociaciones y movimientos son comunidades de referencia para la vivencia de la fe. Pero ni una ni otros pueden vivir al margen de la Diócesis, forjadora de comunidad. De la misma

manera en que la suma de personas no crea comunidad, la suma de parroquias, asociaciones y movimientos no crea Diócesis: es necesario vivir en comunión.

En la construcción de la comunidad –incluida la diocesana–, los laicos tenéis un papel fundamental. No podemos olvidar que la vida de la Iglesia también depende de la acción y responsabilidad de cada bautizado. Así ha sido siempre, pero el momento que nos está tocando vivir pide que evidenciamos esta verdad radical aún con más fuerza; nos exige vivir corresponsablemente nuestra vocación de manera personal y comunitaria, ayudando a hacer crecer a la Iglesia parroquial y diocesana y a anticipar el Reino de Dios en el mundo. **Ello requiere, en vuestro concreto caso, queridos fieles laicos, que comprendáis que vuestra vocación laical es una auténtica vocación**, una llamada a hacer presente a la Iglesia en medio del mundo como parte fundamental del Pueblo de Dios que sois; una llamada, propia y específica, a mostrar a Jesucristo entre nuestros coetáneos, a acompañarles en sus anhelos y necesidades, a formarse en la fe para compartirla con otros, a trabajar por cambiar la realidad en la que estáis inmersos a la luz de la misma.

21. En definitiva, para que exista esta comunión es preciso **que la Iglesia reconozca a los laicos y que los laicos os reconozcáis Iglesia**. Un doble reconocimiento efectivo y afectivo, es decir, no limitado a la mera teoría ni a grandes proclamas, sino aplicado en la práctica y vivido en el día a día, a nivel personal y comunitario. Cuando un cristiano, en coherencia con su vocación laical, decide servir en el ámbito de la política, tratando de colaborar en la construcción del bien común a la luz de la fe, no lo hace por su cuenta y riesgo, sino enviado por la Iglesia y, por tanto, ha de ser acompañado por ella, por su comunidad de referencia. Cuando un cristiano, en coherencia con su vocación laical, asume el compromiso de ser catequista, no lo hace por colaborar con el sacerdote, sino porque es su misión y su responsabilidad ayudar a la evangelización de la comunidad. En uno y otro caso, es fundamental vivir la comunión, en una doble dirección:

de la comunidad a la persona y de la persona a la comunidad. Dicho sencillamente, un cristiano comprometido en política ha de verse como Iglesia en el mundo; un catequista comprometido en la parroquia ha de sentirse miembro de la comunidad a cuya edificación contribuye. Estos dos sencillos ejemplos me permiten ilustrar una idea que considero fundamental: no es posible vivir la vocación laical en plenitud si no es desde la comunión con la Iglesia.

3.3. Laicos en misión

22. Desde la comunión, los laicos estáis llamados especialmente a la acción. Pero no a una acción sin sentido, puramente activista, sino a la acción evangelizadora, misionera. Un cristiano que no está presente como sal de la tierra y luz del mundo quedaría relegado al ámbito de lo insustancial y de las sacristías, no siendo fiel a la profunda vocación de vivir en el mundo según el corazón de Dios. Evangelizar, compartir la fe, no es cosa «de curas y monjas»; muy al contrario, es, ante todo, una tarea específica de los fieles laicos, dado que por vuestra propia vocación estáis llamados a ordenar las realidades temporales según Dios, es decir, a cambiar la realidad para ayudar a hacer de ella un espacio tocado por su mano, un pequeño anticipo de su Reino, un lugar mejor, más humano, más fraterno. **Los cristianos somos el corazón del mundo.** Vosotros, laicos, estáis en el mundo y a vosotros os corresponde primordialmente esta tarea. El Papa Francisco lo ha expresado de forma particularmente iluminadora en *Evangelii Gaudium*: «En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido

a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos ‘discípulos’ y ‘misioneros’, sino que somos siempre «discípulos misioneros» (120).

23. No pocos de vosotros pensaréis (yo también así lo creo) que nos ha tocado un tiempo complicado para vivir y anunciar la fe. En nuestra vieja Europa cada vez es mayor el desprecio y, peor aún, la indiferencia ante la fe y ante quienes la profesamos; proliferan las iniciativas, públicas y privadas, que abiertamente buscan eliminar de la esfera pública valores promovidos por la Iglesia a la luz del Evangelio durante siglos; somos claramente una minoría y hemos de reconocerlo. Sin embargo, la pregunta que hemos de hacernos es ¿cuándo ha sido fácil seguir a Jesucristo y evangelizar? Basta con pensar en los primeros cristianos, perseguidos, como lo siguen siendo hermanos nuestros en el día de hoy en distintos lugares del planeta; o en las innumerables dificultades de los misioneros que recorrieron territorios ignotos para llevar la Buena Noticia a civilizaciones enteras radicalmente distintas a la nuestra, como continúan haciendo hoy en día; o en la marginación, exclusión y rechazo social que han sufrido y sufren durante sus vidas no pocos cristianos por el simple hecho de creer en Jesucristo. Siempre ha sido así. El propio Señor lo advierte a sus discípulos en muchas ocasiones. Pero hemos de confiar: «En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33). **Somos minoría, sí, pero llamados a ser**, en expresión de Benedicto XVI, **minorías creativas**, que impacten en la sociedad. Dios actúa así constantemente: escogiendo a unos pocos para revelarse a todos. Es por ello que me gusta afirmar, con San Agustín, que no existen tiempos buenos ni tiempos malos; existen los tiempos que a cada uno nos toca vivir y hemos de vivirlos siempre en el presente,

desde Dios, porque en ello consiste santificarse. **A nosotros nos corresponde, en el hoy y en el ahora, transformar el mundo según el corazón de Cristo, porque él nos ha confiado esta misión.**

«Yo soy una misión», nos dice el Papa Francisco. Nos corresponde actualizar el mandato del Señor de ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio en el momento presente. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Y se sirve de nosotros, también, y muy particularmente, de los fieles laicos, para cumplir ese deseo. Estas palabras también van dirigidas a vosotros, queridos jóvenes, que sois «el ahora de Dios». De la misma manera en que Cristo hace nuevas todas las cosas, vuestra presencia en la Iglesia y vuestro testimonio en el mundo poseen una fuerza regeneradora insustituible. Vosotros sois capaces de crear nuevas formas de misión y de testimoniar con frescura la fe en el Señor.

24. Por tanto, no lo dudemos. Salgamos de nosotros mismos y de nuestras comunidades para anunciar explícitamente a Jesucristo, acompañar a los hombres y mujeres de hoy en sus anhelos y necesidades, profundizar en nuestro encuentro con Él y contribuir a cambiar la realidad de las cosas. Esa es nuestra misión; esa es, queridos fieles laicos, vuestra misión. De forma muy expresiva nos lo indicaba el Papa Francisco en su Mensaje a los participantes en el Congreso de Laicos: «no tengan miedo de patear las calles, de entrar en cada rincón de la sociedad, de llegar hasta los límites de la ciudad, de tocar las heridas de nuestra gente... esta es la Iglesia de Dios, que se arremanga para salir al encuentro del otro, sin juzgarlo, sin condenarlo, sino tendiéndole la mano, para sostenerlo, animarlo o, simplemente, para acompañarlo en su vida. Que el mandato del Señor resuene siempre en ustedes: ‘Vayan y prediquen el Evangelio’».

25. **Iglesia en Salida.** Ese fue el lema principal del Congreso de Laicos organizado por la Conferencia Episcopal Española que ha impactado fuertemente en la Iglesia que peregrina en España con el objetivo de dinamizar el laicado y de ayudar a todo el Pueblo de Dios a

crecer en comunión. Un acontecimiento histórico que está dando mucho fruto y respecto del cual no podemos permanecer al margen. Nuestra Archidiócesis de Toledo ha de interiorizar lo propuesto en el mismo. Las 28 personas que participaron en él en representación de todos nosotros tienen un papel primordial consistente en ser puente entre lo vivido en el Congreso y su aplicación práctica en nuestras comunidades eclesiales. Las diferentes delegaciones y secretariados diocesanos que trabajan especialmente en el ámbito laical (Apostolado Seglar, Familia y Vida, Adolescencia y Juventud, Pastoral Universitaria, Tercera Edad, Hermandades y Cofradías, Catequesis, Nueva Evangelización, Catecumenado, Enseñanza, Misiones, Pastoral de la Salud, Pastoral de Migraciones, entre otras) deben incorporar las propuestas del Congreso en sus líneas de acción y dejar iluminar sus iniciativas por ellas. Así lo hemos hecho los Obispos desde la propia Conferencia Episcopal Española en las Orientaciones Pastorales 2021-2025.

26. Durante el proceso vivido con motivo del mismo, se identificaron **cuatro itinerarios** o retos que nos pueden servir para centrar nuestras acciones pastorales, tanto a nivel diocesano como a nivel parroquial. Efectivamente, **primer anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia en la vida pública** son en cierto sentido el camino que recorreremos los creyentes –y, en particular, los fieles laicos– en nuestra vida de fe y, al mismo tiempo, concretan la misión que tenemos encomendada como Iglesia. Descubrimos a Cristo por el anuncio que nos hacen quienes están a nuestro lado (nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros catequistas, nuestros sacerdotes, personas con las que nos hemos encontrado a lo largo de nuestra vida); damos nuestros primeros pasos en la fe de la mano de esas personas, que a modo de hermanos mayores nos ayudan a descubrir la grandeza del tesoro que hemos recibido por el bautismo; ello nos conduce a profundizar en los misterios de la fe que profesamos, formándonos para conocer más y mejor a Cristo y poder dar razones de él a los demás; con naturalidad, no

solo compartimos la fe con aquellas personas que forman parte de nuestra existencia, sino que, iluminados por ella, tratamos de mejorar el mundo en el que vivimos como expresión de la Caridad a la que Cristo nos urge.

27. Estos retos han de abordarse de la mano de **dos claves** —que bien pueden ser calificadas de ejes espirituales—, que se aplicaron con éxito a la hora de poner en práctica el proceso: **sinodalidad y discernimiento**. La sinodalidad es un modo de ser y actuar de la Iglesia. Lejos de cómo se presenta en algunas ocasiones, no es una moda actual pasajera, sino que la Iglesia, desde sus orígenes, ha actuado con esta clave sinodal. Exige que todo el Pueblo de Dios se implique, cada uno según su condición y su propia vocación, en la vida de la Iglesia, en comunión. El discernimiento es una actitud interior, personal y comunitaria, que supone mirar la realidad desde los ojos de Dios, abrir mente y corazón para dejarse iluminar por su Espíritu a la hora de decidir y actuar. La unión de ambos es camino seguro para avanzar hacia el ideal que Dios mismo nos propone en nuestras vidas y para nuestras comunidades.
28. Como señalamos los Obispos en el documento que contiene las orientaciones pastorales para los próximos años, «el camino de preparación del Congreso de laicos y su realización han sido experimentados como un *kairós* para impulsar un Pueblo de Dios en salida». El Congreso no era un fin en sí mismo, sino el pistoletazo de salida de un nuevo camino que queremos recorrer juntos. Por eso os hago a todos **una petición**: trabajemos el documento que, con el título «Nuevos frutos para el Congreso de Laicos», constituye una herramienta útil para aplicar la Guía de Trabajo del Postcongreso, en la que se incluyen todas las propuestas planteadas por los congresistas en torno a los cuatro itinerarios, puesto que —estoy convencido de ello— ayudará a nuestras comunidades a avanzar hacia el ideal de ser Iglesia en salida al que nos anima el Papa Francisco.

En nuestra Archidiócesis crearemos un Equipo de Trabajo, coordinado por la Delegación de Apostolado Seglar, con presencia de congresistas de Toledo, Delegados y directores de Secretariado, sacerdotes, religiosos y laicos, que impulsará y animará estos trabajos. Confiad en ellos y sus propuestas. Abrid espacios en vuestros grupos parroquiales, asociaciones y movimientos para reflexionar sobre cómo están nuestras respectivas comunidades en relación con los cuatro itinerarios citados, qué vemos que nos falta, qué hemos de potenciar. Es una forma concreta y realista de llevar a cabo un ejercicio de discernimiento sinodal que, además, contribuirá eficazmente a ir preparando el camino de nuestro sínodo diocesano.

29. El reto es apasionante. Y esperanzador. Para afrontarlo, **necesitamos testigos**. Dios se sirve de personas que, por su especial carisma, derrochan pasión por Jesucristo y por su Iglesia. No puedo no recordar, al escribir estas palabras, a nuestro querido Pepe Rincón, una de las figuras más fecundas y entregadas del apostolado seglar en España, un seglar en comunión plena con el papa y los Obispos y con una gran formación espiritual, un referente de lo que significa hoy y siempre la vocación laical. Así lo definí en mi mensaje pastoral con motivo de la Solemnidad de Pentecostés, Día del Apostolado Seglar y de la Acción Católica, de este año 2021. Gracias a Dios, no faltan personas en nuestras Parroquias, en nuestros movimientos y asociaciones, en nuestra Archidiócesis, que tratan de vivir la santidad de manera ejemplar. Son, en expresión del Papa Francisco, «los santos de la puerta de al lado» (GE, 6). Estas personas no surgen de la nada. Constituyen la prueba patente de que el Espíritu Santo derrocha santidad por todas partes, pero también son el fruto de la labor realizada en ellos por hermanos mayores, por sacerdotes que saben acompañarlos, por la comunidad a la que pertenecen. Potenciamos estos testimonios, ciertamente estimulantes, porque cada persona que trata de ser fiel al Evangelio es motivo de esperanza para todos, creyentes y no creyentes.

4. UN PROYECTO PASTORAL ILUMINADO POR LA PALABRA

30. En el corazón de esta Carta Pastoral, quiero compartir con vosotros una breve meditación personal a propósito de uno de los pasajes del Evangelio que considero más indicado para hablar del camino que implica la vocación laical en el contexto de los cuatro itinerarios marcados por el Congreso de Laicos: Emaús (Lc 24). Creo que puede ayudarnos a contextualizar los retos que planteo en esta Carta y, más en general, a animaros en la vivencia de vuestra vocación laical. Leamos pausadamente la Palabra de Dios:

¹³Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; ¹⁴iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. ¹⁵Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. ¹⁶Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. ¹⁷Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. ¹⁸Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». ¹⁹Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; ²⁰cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. ²¹Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. ²²Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, ²³y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. ²⁴Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». ²⁵Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ²⁶¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». ²⁷Y, comenzando

por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. ²⁸Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; ²⁹pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. ³⁰Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. ³¹A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. ³²Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». ³³Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, ³⁴que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». ³⁵Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

4.1. El anuncio que Jesús hace de sí mismo explicando las Escrituras

Aquel mismo día dos de ellos iban caminando...

31. Son dos discípulos, **dos laicos**. Han caminado con Jesús y ahora se encuentran con el escándalo de la cruz. Es el camino que recorren todos los decepcionados, desilusionados y desanimados, las personas que viven en este momento en su corazón una profunda crisis de identidad. No está el horno para bollos. Han salido del cenáculo, donde han dejado afectiva y efectivamente la comunión con la comunidad eclesial. En el fondo es un sálvese el que pueda. Su caminar es lento, no saben a dónde ir. Se ponen a andar, sin saber dónde les llevará el camino. En su profunda soledad no saben dónde se encuentra la meta. Quizás ni siquiera les importa; es como una soledad compartida. Es un camino que está lleno de sorpresas. Se han roto todos sus sueños. No saben que nunca estamos más solos que cuando rompemos con el Señor del cenáculo y con los hermanos. Su soledad no es consecuencia de lo ocurrido

en Jerusalén durante la Pascua, sino de cómo lo han vivido ellos personalmente.

...a una aldea llamada Emaús...

32. Emaús es un camino siempre actual, que se repite siglo tras siglo en todos los cristianos. Nuestra profunda vocación laical de anunciar a Cristo no tendrá fecundidad si no descubrimos que camina con nosotros, a nuestro lado, que sigue con nosotros. Jesús de Nazaret nunca nos abandona, pues, como decía San Juan de la Cruz, su mayor presencia es su aparente ausencia. El Resucitado, Cristo que vive ahora y para siempre, no se ha ido de nosotros, no se ha evaporado su humanidad. Camina al lado de todos los que se sienten desamparados, de cuantos «están huyendo», de aquellos que dicen que hay que retirarse donde sea y como sea. La salida es en falso, pues con ella se apartan de la comunión eclesial. No están cumpliendo una misión encomendada, sino emprendiendo una huida, una estampida sin esperanza. Se percibe claramente que Emaús es un camino habitual cuando perdemos de vista a Jesús que camina con nosotros.

...distante de Jerusalén unos sesenta estadios.

33. Desconectarse del cenáculo, de la unión con Jesucristo Resucitado presente en la Eucaristía, en la sucesión apostólica, en la comunión con Pedro, en el lavatorio de los pies donde se hace el servicio, estilo de la vida cristiana, el amor fraterno, es muy peligroso, porque sabemos dónde empezamos, pero desconocemos cómo podemos terminar. Nunca hay que distanciarse de Jerusalén, del Cenáculo, donde acontece el misterio central de nuestra fe, de Cristo muerto y resucitado. Hay que **acercarse a Jerusalén** y vivir de lo que brota del Cenáculo si queremos luego ser una Iglesia en salida. «Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me pegue la lengua al paladar...», si me olvido de ti. Nada hay más fecundo y más sano que volver a la

memoria agradecida. Se olvidan porque la cruz les pesa y no quieren sufrir y huyen del Cenáculo, del Resucitado.

Iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido.

34. Ser laico en el mundo, ser cristiano en la Iglesia, para la vida del mundo, es llevar en el corazón a Cristo y contárselo a toda la gente, con un estilo de vida sencillo y abierto, dialogante y cercano, sobre todo cuando descubrimos que Él camina con nosotros. Tenemos que **ver la realidad con los ojos de Dios**; si no lo hacemos así, nos hundimos. Es lo que ocurre en ocasiones en muchas de nuestras asociaciones laicales y con muchos laicos y laicas de nuestras parroquias, que conversan sobre lo que sucedió y ha sucedido, pero les falta la esperanza para verlo todo como «signo de los tiempos», como una oportunidad que el Señor nos ofrece para crecer en el conocimiento y en el Amor de Dios que se ha venido a vivir nuestra vida para que nosotros vivamos su vida nueva. Su misma vida de gracia en nosotros.

Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos...

35. A veces se ha acusado a los laicos en nuestras diócesis de tener una actitud excesivamente crítica con la vida de la Iglesia. Así debe ser, siempre que nos mueva el amor hacia la Iglesia y el deseo de hacer de ella «un vivo testimonio de verdad y libertad, de paz y justicia, para que todos los hombres se animen con una nueva esperanza» (Plegaria Eucarística para las misas por diversas circunstancias n. IV). Ello nos ayuda a recordar que **la Iglesia**, que somos todos los bautizados, **siempre tiene que renovarse para ser más fiel al Señor**.

Comienzan a caminar y discuten ¿Quién se presenta y se pone en medio? Siempre está Jesús en medio de nosotros, en medio de su pueblo. Hemos de entenderlo: cuando es Jesús quien vive en medio, a pesar de las tensiones y dificultades para crecer y desarrollarse,

acaban encontrándose soluciones. Incluso cuando hay algo que no tiene solución, dejarlo todo en sus manos nos ayuda a vivirlo con paz. No somos Dios y siempre debemos de «saber esperar», como decía el Hermano Rafael.

...pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

36. Tenemos que saber **reconocer la presencia de Dios en nuestra sociedad** en medio de la situación que vivimos de crisis generalizada. Los ojos de nuestros hermanos viven en la tristeza de quien no reconoce al Señor en medio de nosotros y en el horizonte de nuestras vidas. Los laicos son la expresión de la Iglesia que vive la secularidad con la mirada de Dios. ¿Por qué nos cuesta tanto reconocer con ojos de fe la presencia del Señor en la vida y en la historia?

Es bueno que hagamos un esfuerzo para vivir como laicos capaces de reconocer la presencia del Señor en una realidad complicada. Jesús sigue presente, aunque no se le reconozca en el mundo de la familia, en la comunidad política y social, en los medios de comunicación, en la vida pública.

Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»

37. A Jesús le interesa la gente. Ama a cada persona que vive en medio de esta jungla que es nuestra sociedad. **Todo lo humano es digno de ser vivido**, porque todo lo ha vivido y lo quiere vivir Cristo en nosotros. Jesús va al grano, no se anda por las ramas ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino? Jesús se fija en lo pequeño, en lo concreto, entra hasta el fondo. Dime qué te pasa, dime lo que os pasa. No tengáis miedo de comentar entre vosotros y compartir con Él lo que ocurre dentro del mundo y de cada corazón. Tenemos que aspirar a descubrir en el camino de la vida la presencia de Jesús, impidiendo que su humanidad se esfume

ante las dificultades y problemas de la vida. Es necesario descubrir sus huellas y su presencia en medio de nosotros.

Ellos se detuvieron con aire entristecido...

38. La tristeza es la patria de los que no descubren que Jesús camina con nosotros, en nuestra vida, en nuestra familia, en nuestra sociedad, en nuestras calles, en nuestras reuniones, en nuestros movimientos. A veces encuentro en nuestras realidades a cristianos con mucha tristeza, que quizás brota del aparente fracaso de un mundo que parece pasar de todo lo cristiano y religioso.

Hemos de ser capaces de **recuperar la alegría**, fruto del Espíritu, que debe ser nuestra meta en un mundo que, cuanto más se aleja de Dios y del Evangelio, más se encierra en una tristeza de muerte. Hoy todo es cultura de la muerte: aborto, eutanasia, suicidio... Nuestra sociedad llena de dificultades y problemas, hace que estemos en un mundo que agoniza de tristeza y de muerte, porque sólo se construye desde la civilización de la muerte y no desde la civilización de la vida. En la apuesta por la cultura de la vida todo el laicado tiene que estar implicado.

...y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»

39. No gusta la claridad del Evangelio, que Jesús «toque» nuestras comodidades y mediocridades. ¿Qué ha pasado? Fijaros si Jesús no sabía las cosas que habían ocurrido en Jerusalén... ¡lo había sufrido en su propia carne!

Es el Amor que da la vida. Es la entrega total que ellos no comprenden. Precisamente «su escándalo» es la mayor declaración de Amor de Dios hacia ellos y nosotros. Les ha dicho con su vida, pasión, muerte y resurrección que ama a este mundo y a esta gente

La cruz provoca un escándalo en su corazón que no son capaces de digerir. No entienden que, lejos de sentir desolación, han de

experimentar alegría, porque muriendo en la cruz les ha dicho que les ama.

En el fondo, tenemos el peligro de ser aplastados por la situación en que vivimos. Nos puede hacer mucho daño lo que algunos llaman «el silencio de Dios». Hay que **traer a la memoria la entrega de Cristo a la humanidad**, que está llena de tristeza y sin salida, para ayudar a que los hombres y mujeres de hoy descubran la manifestación de amor que hay en ella.

Él les dijo: «¿Qué?»

40. Me parece de una inmensa sabiduría para el laicado y signo de madurez en la vida el saber relativizar muchas cosas. A veces poner el «¿Qué?» es muy sano. Este relativismo bueno es del que debe partir el laicado para vivir desde el Evangelio lo absoluto de Dios. Con una sana relativización de muchas cosas, que a veces aparecen y desaparecen como una tormenta de verano: después de amenazas que nos asustan, la realidad es que se va esfumando y no era así, como pensábamos.

Tenemos que pedirle insistentemente a Jesús que nos explique, desde su Amor revelado, cómo debemos afrontar todas las realidades que vivimos y que a veces nos desbordan.

Es necesario **saber relativizar las cosas**, como hace Jesús. Hay muchas realidades que nos presionan y que podemos vivir desde el Señor, al «aire» de Jesús, y desde una profunda comunión con los proyectos de su Corazón.

Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo...»

41. Proclaman bien el Kerigma. Todavía incompleto, pero partiendo de la realidad. Les faltaba, sin embargo, el ardor y la frescura de aquél que sabe de quién se ha fiado. Responden de una manera cierta, pero insuficiente, quién es Jesús como Redentor del hombre.

Llevar su recuerdo dentro de ellos, pero la tristeza les hace portar como «un cadáver en el corazón» que no les deja vivir. Su vida es un sin vivir, porque viven una historia inacabada en su corazón. Se han quedado en la parte primera, pero todavía no han comprendido que **Cristo Vive**: dentro del Jesús de las raíces de Nazaret, y del profeta, poderoso de Dios y ante el pueblo. Como laicos, tenemos que proclamar el Kerigma completo, sin mutilarlo, que habla de muerte y resurrección, no de parcialidades. Aquél al que enterraron el viernes santo es el Resucitado que sigue caminando por los caminos de la vida y nos busca.

...cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte y lo crucificaron.

42. La cruz en la vida de los laicos, en el mundo de la familia, del trabajo, de lo social, de lo político, forma parte del pan nuestro de cada día. Aunque a lo largo de todo el camino han ido dialogando, ahora es cuando sacan la más importante de las cartas de la baraja y la ponen sobre la mesa: el escándalo de la cruz. Cuando nos muestran la cruz, nosotros y nuestra gente entramos en crisis y no somos capaces de integrarla en nuestra vocación laical. **Seguir a Jesús hasta el final también pasa por el escándalo de la cruz** que acontece en nuestras vidas, asociaciones, movimientos, comunidades laicales; que experimentamos cuando llega el cansancio y el desánimo y que solo vencemos atravesando la cruz hacia la resurrección, porque descubrimos su presencia, que no nos ha dejado de la mano ni un solo momento.

Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel...

43. Esta es la palabra que dicen a lo largo de la historia y es la que predomina en todos –también nosotros– los que viven desilusionados, desarmados y desalentados de la vida.

Nosotros esperábamos. Es la percepción que puede marcar una vida, una asociación, una comunidad; lo más grave es que nos

lleva a vivir en el desencanto de la vida y nos instalamos en la queja y no en el agradecimiento.

La vocación laical ha de vivirse con exigencia para ser sal de la tierra y luz del mundo. En medio de una sociedad que vive con tantas quejas y decepciones nos cuesta ver que no está lejos de nuestra vida. Somos peregrinos, caminantes; Él se une a nosotros y hace que nuestro corazón «arda» con todas las consecuencias.

...pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió.

44. La decepción y desilusión es que, teniendo a Jesús enfrente, delante de sus narices, no saben reconocerlo ¡Es más que necesario que los laicos descubráis que Jesús Resucitado camina con vosotros! Todos hemos de descubrirlo. ¡Es verdad también que no lo tenemos fácil! Puede darse ese «estamos en el tercer día», que nos impide ver y descubrir que el Resucitado camina con nosotros y que estará siempre con nosotros hasta el final de los tiempos. No es necesario el que una y otra vez volvamos a una realidad que nos aplasta, porque no vemos «signos» de su presencia. Sin embargo, el laicado está llamado a **descubrir la presencia de Jesús en medio de un mundo siempre en crisis.**

Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro...

45. Quieren volar, pero, como pajarillos encadenados, dan un vuelo bajo, para volver al suelo de sus decepciones. Hablan de mujeres. Tan necesarias en la evangelización en coherencia con su vocación laical. Están siempre allí donde se huele a vida, como buscando al Resucitado en medio de la cultura de la muerte. Es la mujer la que está presente en los momentos más claves e importantes de la vida, desde la concepción hasta la muerte natural. Donde nos jugamos la vida, las mujeres alientan con su trabajo y su vida la esperanza.

No podemos hacer una evangelización en clave laical sin la presencia y sin la labor de la mujer, que, por su creatividad, encuentra esperanza en las dificultades y se propone superarlas por su entrega y por su vida, siempre al servicio en favor de la Vida, de los más pobres y desfavorecidos, contribuyendo a crear una humanidad nueva.

...y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo.

46. Su ausencia, la falta de la presencia corporal, de no «ver» su cuerpo, les hace volver a una gran tristeza y desánimo. Los laicos deben visibilizar la presencia discreta, pero eficaz, de Jesús caminando en medio de nosotros. **El Resucitado quiere hacerse presente en medio del mundo y no tiene más que nuestros ojos, nuestras manos, nuestros oídos.** Ha querido precisar de nosotros para ofrecer al mundo signos del Dios Vivo, del Resucitado, que camina a nuestro lado, aunque nos cueste en no pocas ocasiones descubrirlo.

Cuando estamos decepcionados echamos balones fuera. Es necesario descubrir una y otra vez que el sepulcro está vacío y nos remite a buscar a Jesús entre los vivos. No busquéis entre los muertos el que vive en la vida de cada ser humano y quiere ser invitado a vivir en el dolor y la fiesta de la vida.

Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.

47. Para Lucas, las mujeres son siempre testigos veraces del Resucitado en la vida. No sólo saben estar, sino que lo hacen de una manera valiente y veraz. Nunca se podrá hacer la evangelización sin el papel de la mujer, como expresión de la ternura, de la acogida, y de la creatividad de la Iglesia. Es necesario que el laicado en la Iglesia exprese la complementariedad y el mirar juntos, si queremos una evangelización más fecunda y eficaz.

El camino que conduce a Emaús es **un camino que tenemos que recorrer juntos todo el Pueblo de Dios**, sabiendo que la meta es Jesucristo, quien nos lleva a una Iglesia en salida hacia los que viven en todas las periferias. Caminemos juntos, o no llegaremos a nada y nos quedaremos en la cuneta de los caminos.

Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas».

48. Nuestro apostolado, a veces por falta de un profundo conocimiento del Amor de Dios en la vida y por una formación deficitaria, hace que no sepamos afrontar los retos que nos plantea nuestro mundo. También que no respondamos a lo que se nos pregunta o no seamos capaces de suscitar las grandes preguntas permanentes en el corazón humano, aunque estén un poco ocultas bajo tierra.

«Necios y torpes» son aquellos que no son capaces de vivir por Cristo, con Él y en Él, para ofrecer una respuesta a los que no saben cómo dar respuesta a los grandes interrogantes de la vida cristiana en una sociedad que parece ignorar y poner contra la pared todo lo que significa creer en Dios.

Hemos de ser capaces de **recordar «memoriosos» lo que nos ha dicho el Señor**, que constituye una auténtica salida a lo que nos agobia cuando no sabemos cómo hincarle el diente. Ser «memoriosos», nos recuerda el Papa Francisco, es acertar en un mundo desmemoriado, que vive sin memoria y sin esperanza.

¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?»

49. Ante el «nosotros esperábamos» de los decepcionados, el Señor Resucitado responde: **«Era necesario»**. Todo lo que nos ocurre en nuestra vida, en nuestra historia, es para el bien de los que aman. Esta vida no es una trampa. Es un camino a recorrer desde la cruz hasta la alegría de la resurrección. Es necesario que descubramos

la resurrección en medio de tantas realidades de muerte y dolor. La reconciliación, partiendo del «nosotros esperábamos», nos lanza a vivir el «era necesario».

Tenemos que borrar de nuestra historia el «nosotros esperábamos» y escribir en ella el «era necesario» para, como laicos, vivir creciendo por dentro para servir por fuera. Un laicado que se queda en la decepción y no comprende que a los que aman a Dios todo les sirve para su bien no tiene mucho futuro.

Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

50. Una buena formación en el laicado exige **aterrizar en la vida desde la Historia de la Salvación**. El laicado debe hacer una teología para la vida, partiendo siempre de una buena formación, porque, como decía San Juan Pablo II en Granada durante su visita a España en 1982, «hay que potenciar la educación en la fe (...) acompañando y promoviendo el crecimiento en la fe del cristiano durante toda la vida. Porque una «minoría de edad» cristiana y eclesial, no puede soportar las embestidas de una sociedad crecientemente secularizada».

El laico debe vivir la vida en familia y en sociedad y saber explicarla a la luz de su Palabra. Es Cristo, la Palabra encarnada, quien explica nuestra vida a la luz de su Corazón Misericordioso, que nos lleva a vivirlo todo con entrañas de misericordia y reconciliación. ¡Explícanos, Señor, toda la Escritura a la luz de la Vida y de tu corazón resucitado y abierto!

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando...

51. **Jesús es la libertad y nos conduce en libertad**. No nos impone nada. Nos ofrece llegar hasta el final, pero no quiere imponerse. Nos deja libres hasta el final. Jesús disimula, quiere quedarse, pero desea que sean ellos quienes lo pidan. Es la mayor declaración de

Amor y de libertad. El «simulo» es la actitud del Corazón de Jesús, que quiere quedarse, pero no quiere imponerse. Jesús ha caminado siempre con nosotros, reconocerlo es nuestra alegría y nuestro gozo. Es siempre vivir en la convicción de que su Amor ha caminado, camina y caminará con nosotros, en todas las realidades seculares y en todas las dificultades de la vida.

...pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».

52. Es la hora del laicado cuando se vive en la exigencia del «Quédate con nosotros». En todos los atardeceres, en todos los momentos complicados de la vida, sabemos que Él se queda con nosotros. Nunca se cansará de estar con nosotros y a nuestro lado. La oración, el anuncio, la formación del laico es quédate con nosotros porque el día está declinando. Es necesario volver una y otra vez al gozo de saber que cuando le llamamos, sin lugar a dudas, se queda con nosotros, en la familia, en el trabajo, en lo político, en lo social... Todo se vive desde la alegría y el gozo de que el Señor se queda con nosotros.

Y entró para quedarse con ellos.

53. Esta es la mejor noticia de toda la Revelación cristiana, que los laicos deben acoger en las entrañas de este mundo: «tanto ha amado Dios que le ha entregado a su Hijo Único (Jn. 3)». Vino a quedarse con nosotros y en los gozos y en las esperanzas de la gente. Esa es la profunda vocación del laico cristiano; así ha de vivirse la vocación laical: **el Señor está en cualquier situación para quedarse con nosotros.** No se aleja, se acerca. Es necesario recordar que el Señor, cuando se le invita y se le insiste, está en todas nuestras realidades y circunstancias para que pueda cumplir que su dedicación es vivir con «los hijos de los hombres». El Señor es el Emmanuel, el Dios con nosotros y para nosotros. Está para quedarse con ellos.

ARZOBISPO DE TOLEDO

Es vocación del laico ser presencia de Cristo y de su Iglesia para la evangelización. Tenemos que orar, formarnos y vivir para ser en el pueblo, en la ciudad, en el mundo, capaces de experimentar el gozo de la vocación laical.

Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando...

54. La vocación laical comprometida no puede vivirse plenamente sin sentarse a la mesa de la Eucaristía, sin la celebración, la comunión y la adoración para ser testigos del Dios Vivo en el mundo. No existe un laicado comprometido y en salida sin la centralidad de la Eucaristía.

Cuando vivimos la Eucaristía y «partimos el pan» estalla el Espíritu Santo en nuestros ojos y nos ayuda a vivir con ojos creyentes la realidad de nuestra vida. Solo en la medida en que el laicado descubre una profunda espiritualidad eucarística, orada y vivida en la Iglesia para la vida del mundo, seremos capaces de transformar el mundo según el Corazón de Dios para poder reconocerle al «partir el pan».

El Espíritu Santo, con su luz, estalló en los ojos de aquellos dos de Emaús que, sentados a la mesa, le reconocen al partir el pan... y desde entonces es necesario vivir la pasión por el Resucitado en la Eucaristía, porque somos Iglesia en salida, para la transformación del mundo, según el Corazón de Dios.

5. CONCLUSIÓN

55. He manifestado en reiteradas ocasiones mi interés como Arzobispo por mantener aquello que funciona. **Renovación en continuidad** es, en cierto sentido, el principio orientador de mis decisiones como Pastor. En este sentido, veo oportuno seguir impulsando la dinámica de funcionamiento pastoral centrada en tres grandes encuentros diocesanos –la Jornada de Inicio de Curso, las Jornadas de Pastoral y la Jornada de Fin de Curso– que nos congregan a todos y nos ayudan

a vivir la comunión. Para mí estos encuentros son fundamentales, porque actúan como puente entre lo parroquial y lo diocesano, entre las comunidades eclesiales y la Archidiócesis y, al mismo tiempo, permiten generar comunión desde el respeto a las dinámicas propias de cada realidad.

Me gustaría exhortaros vivamente a participar en ellos a lo largo del curso. Constituyen una oportunidad excelente para seguir conociéndonos y acompañándonos, para compartir la alegría de la fe, para renovar fuerzas y pasión por evangelizar. Fijemos desde ya en nuestros calendarios los días 25 de septiembre de 2021; 7, 8 y 9 de enero de 2022; y 4 de junio de 2022.

56. En este mismo sentido, os pido que aprovechéis las diferentes actividades que ofrecen las delegaciones y secretariados diocesanos, siempre oportunas y sugerentes. Ciertamente, no todos podemos estar en todo; pero sí resulta posible que nuestras comunidades parroquiales, asociaciones y movimientos se hagan presentes en ellas a través de algunos de sus miembros, en función de sus diferentes ámbitos de compromiso, de modo tal que existan vasos comunicantes que nos ayuden a enriquecernos mutuamente. La visita pastoral que comenzaré constituirá también un momento importante para crear comunión.

En particular, quiero destacar las diferentes actividades que se proponen con motivo del Año «Familia Amoris Laetitia» de las que os he hablado en mi mensaje pastoral «El Amor Familiar: Vocación y Camino de Santidad»: los encuentros con familias por Vicarías y la Semana del Matrimonio, que se desarrollará del 14 al 20 de febrero de 2020. También, las diferentes actividades que, relacionadas con el Postcongreso de Laicos, impulsará este año la Delegación de Apostolado Seglar a través del Equipo de Trabajo del Postcongreso de nuestra Archidiócesis, con diferentes encuentros formativos y de reflexión para continuar avanzando juntos en los cuatro itinerarios y poniendo en práctica de forma comunitaria la sinodalidad y el discernimiento. Todo ello, sin olvidar nuestro Año

Santo Guadalupense, que nos permite encontrarnos con María; caminar juntos al encuentro de nuestra Madre es garantía de fidelidad a Cristo y comunión eclesial.

Todos somos Diócesis: niños, jóvenes, adultos; sacerdotes, laicos y laicas, personas consagradas; parroquias y arciprestazgos; asociaciones y movimientos; familias, ancianos, enfermos. Todos. Porque todos estamos llamados a construir juntos el sueño del Señor de hacerse presente en el camino los hombres y mujeres de hoy; en definitiva, a ser familia. Esa es la clave, que podemos expresar con las palabras del Papa Francisco, en una lectura extensiva de las mismas: «querer formar una familia es animarse a ser parte del sueño de Dios, es animarse a soñar con él, es animarse a construir con él, es animarse a jugarse con él esta historia de construir un mundo donde nadie se sienta solo» (*Amoris Laetitia*, 321).

57. El pasaje de Emaús no termina con la escena de los dos discípulos que se habían encontrado con el Señor compartiendo con sus hermanos en la fe lo que acababan de vivir. Ciertamente, ese testimonio de fe, vivo, real, era ilusionante y esperanzador para los discípulos de Jesús: empezaba a confirmar lo que algunas mujeres habían dicho y a dar sentido a la imagen de la tumba vacía que Pedro y Juan habían contemplado. Pero resultaba insuficiente. Es en ese momento, cuando están comentando lo experimentado en el camino de Emaús, cuando aparece el Señor: «*Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros»*». Sin embargo, lejos de alegrarse y correr a abrazarlo, esa presencia aumentó su miedo y su desconfianza. Tanto, que Jesús se vio obligado a explicar una vez más, con infinita paciencia, que todo había ocurrido para que se cumplieran las escrituras. Incluso les dio más pruebas: les mostró las manos y los pies traspasados por los clavos de la cruz y comió delante de ellos. Pero seguía siendo insuficiente. «⁴⁵*Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras*». Ahí cambia todo. Habían vuelto a ver a Jesús, estaban escuchando de nuevo su voz y compartiendo una vez más la mesa,

como en la Última Cena. Podían contemplar con sus propios ojos las heridas de manos y pies. Pero no lo comprenden todo hasta que el Señor no actúa en ellos, hasta que no se encuentran personalmente con Él. Ahora sí. Era Él. Es Él, que se sigue mostrando a cada uno de nosotros de múltiples formas y maneras. Nos bendice y nos pide, como pidió a sus discípulos, que recibamos el Espíritu Santo, que nos dejemos iluminar por Él, que hagamos Pentecostés realidad en nuestra vida. «⁵²Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; ⁵³y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios».

58. Queridos hermanos: El Señor es nuestra fuerza, nuestra alegría, nuestra guía, nuestra meta. **Él nos ha elegido, os ha elegido a vosotros, fieles laicos, para llevar a cabo la misión de la Iglesia en el tiempo de hoy.** Confía en vosotros, espera mucho de vosotros. Dejaos iluminar por su Espíritu para descubrir la vocación a la que habéis sido llamados. Participad activamente en vuestras comunidades, porque es mucho lo que podéis aportar. Pero no os autorrecluyáis en ellas; salid, salid al encuentro de los hombres y mujeres de hoy, que necesitan de vuestro testimonio y de la alegría que portáis con vosotros.

Esa es mi fuerza y mi esperanza. Confío en vosotros.

ORACION FINAL

Los sueños se construyen juntos

Padre, gracias por darnos a tu hijo Amado, Jesús,
que, nacido de María Virgen,
vivió en medio de una humanidad herida
y que nos lanza a vivir y salir al mundo,
sabiendo que los sueños se construyen juntos,
para cambiar nuestra tierra,

ARZOBISPO DE TOLEDO

que agoniza de tristeza,
cuando tú, Señor, no caminas a nuestro lado.

Toledo, 8 de septiembre de 2021
Fiesta de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

